



hermes

GURE GAIAK

EL PROYECTO EUROPEÍSTA DEL NACIONALISMO VASCO EN PERSPECTIVA HISTÓRICA

LEYRE
ARRIETA ALBERDI

Los organizadores del curso “Estados, naciones y regiones en la construcción de Europa” nos sugirieron impartir una conferencia sobre “El proyecto europeísta del nacionalismo vasco en perspectiva histórica”. Hemos intentado dotar de contenido a dicho epígrafe, a pesar de que a la hora de preparar la comunicación, inmediatamente nos surgió un interrogante, que al fin y a la postre, se ha convertido en el hilo conductor de nuestra exposición. ¿Ha existido realmente un proyecto europeísta como tal del nacionalismo vasco o los distintos partidos nacionalistas han defendido cada uno su propio plan

europeísta? O, dicho de otra manera ¿podemos hallar elementos comunes acerca de Europa en los discursos de los diversos movimientos y partidos nacionalistas vascos?

El que más se ha acercado a lo que podríamos llamar un proyecto europeísta propiamente dicho ha sido el Partido Nacionalista Vasco (PNV), partido hegemónico en la esfera nacionalista vasca durante un largo período de tiempo; razón por la cual serán sus planteamientos europeístas los que centrarán la mayor parte de esta comunicación. Pero incluso en este caso cabe plantearse varias preguntas. ¿El PNV ha tenido un proyecto europeísta desde sus inicios?, ¿ha mantenido un único discurso europeísta?, ¿cómo se ha imbricado la visión europeísta en la propia doctrina nacionalista?, ¿discurso y praxis han ido de la mano?, ¿comparte este discurso europeísta con otros movimientos o partidos nacionalistas surgidos posteriormente? Y finalmente, ¿qué ha sido Europa para el PNV y para el nacionalismo vasco en su conjunto?

En las siguientes páginas intentaremos dar respuesta a estos interrogantes, que son los que marcan la estructura del texto. En primer lugar, analizaremos desde cuándo son constatables elementos europeístas en el corpus ideológico o en la acción política del PNV y repasaremos cómo, en función del acontecer europeo, del propio proceso de construcción europea y del sistema bipolar que, durante cuarenta años, constituyó el telón de fondo del devenir mundial, dicha política europeísta fue transformándose o, para ser más exactos, adaptándose. Aunque haremos referencia a años posteriores, nos centraremos principalmente en las fases de la evolución de la política europeísta del PNV hasta el final del franquismo, puesto que los planteamientos europeístas del nacionalismo vasco en la actualidad han sido tratados en el capítulo precedente. En un 2º apartado, abordaremos el debate sobre si existe un único discurso europeísta del PNV o si, por el contrario, debemos hablar de diferentes “modos de entender” Europa en el seno de dicho partido. También mencionaremos las perspectivas europeístas de otros movimientos y partidos nacionalistas vascos. Y, en tercer y último lugar, reflexionaremos sobre qué ha sido y qué es Europa para el conjunto del nacionalismo vasco. Será el momento de contrastar si los diversos movimientos nacionalistas comparten visión de Europa.

EVOLUCIÓN DE LA POLÍTICA EUROPEÍSTA DEL PNV

Desde el nacimiento del PNV a finales del siglo XIX hasta el final del franquismo, se pueden distinguir varias fases en la evolución de su proyecto europeísta, fases que corresponden a distintas actitudes o enfoques de la cuestión que, a su vez son reflejo, lógicamente, de contextos internacionales distintos y de diferentes momentos en el devenir político del propio PNV.

La primera se extiende desde 1895 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, y es un período en el que la acción exterior, y más concreta-

mente los planteamientos acerca de Europa, van adquiriendo progresivamente mayor peso específico en las formulaciones del partido. La segunda fase, correspondiente a los años 1945–1950, se inició con la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial. Fue un lustro de enorme esperanza. Nunca antes había sido tan clara la apuesta del PNV por Europa. De hecho, los primeros años de esta segunda posguerra constituyeron la edad de oro de la política europeísta del PNV, pues fue entonces cuando se dibujó lo que hemos llamado discurso europeísta y cuando los líderes de dicho partido entablaron una rica red de relaciones con organismos y partidos europeos. Estos contactos abrieron puertas hasta entonces inimaginables, puertas conducentes al proceso de construcción europea que, a la sazón, comenzaba a dar sus primeros pasos. Dicho proceso, sin embargo, desembocó en una realidad europea radicalmente distinta a la que, en principio, esperaban los nacionalistas.

Así, la década de los cincuenta corresponde a una fase de desilusión. La esperanza en la oportunidad que Europa brindaba al País Vasco en los primeros años tras el conflicto, dio paso a la decepción que supuso evidenciar que la realidad política no se correspondía con dicha esperanza. A partir de 1960 comienza lo que hemos denominado fase de resignación, que se extiende hasta 1977. El desengaño de los años cincuenta se transformó en una participación voluntaria y resignada del PNV en organismos de ámbito estatal como vía de participación en Eu-

La década de los cincuenta corresponde a una fase de desilusión. La esperanza en la oportunidad que Europa brindaba al País Vasco en los primeros años tras el conflicto, dio paso a la decepción que supuso evidenciar que la realidad política no se correspondía con dicha esperanza.

ropa. Asimismo, es la época en la que, siguiendo las tendencias en boga por aquellos años, se generaliza también en el País Vasco, el uso del término “Europa de los Pueblos”. Actualmente este concepto no sólo se mantiene sino que constituye el *leit motiv* del discurso europeísta del PNV –también de otros partidos nacionalistas vascos–; un discurso que, desde 1977 hasta hoy, se ha mantenido prácticamente invariable y que se ha basado en la que hemos denominado concepción evolutiva del proceso de construcción europea. Conozcamos, detenidamente, cada uno de estos períodos.

1895–1945: CRECIENTE INTERÉS POR EUROPA

Sabino Arana, fundador del nacionalismo vasco, y los primeros líderes del PNV apenas prestaron atención a Europa y a las cuestiones continentales. Lo cierto es que, en aquellos momentos iniciales de gestación, sus esfuerzos se centraron en afianzar las bases del recién fundado movimiento y en precisar su estructura interna. No obstante, el interés por Europa fue aumentando en los siguientes años y, principalmente, a partir de la Primera Guerra Mundial. Luis de Eleizalde y Engracio de Aranzadi, principales ideólogos de la vertiente estatutaria del nacionalismo vasco en la segunda década del siglo XX, fueron los líderes que mayor interés mostraron por la acción exterior y por otros pueblos del continente. Paulatinamente, las referencias a cuestiones europeas y los artículos relativos a esta temática comenzaron a salpicar esporádicamente la prensa nacionalista¹.

Los nacionalistas vascos habían tenido conocimiento de las demandas de las minorías europeas y de las nacionalidades sin Estado y empezaron a implementarlas en su ideario. Ésa es la razón que explica el progresivo interés del PNV por Europa. Para dichas nacionalidades, además de símbolo de progreso, democracia y custodia de la pluralidad y diversidad de lenguas y culturas, Europa representaba nuevas expectativas y posibilidades políticas. El PNV se percató así, por influencia externa, de las oportunidades que Europa le podía ofrecer. De hecho, el europeísmo de este partido y, posteriormente, de otras

El interés por Europa fue aumentando en los siguientes años y, principalmente, a partir de la Primera Guerra Mundial. [...] En aquella segunda mitad de los años diez del pasado siglo, Europa comenzó a concebirse como caja de resonancia de la reivindicación nacional y como escenario adecuado para la internacionalización de la denominada cuestión nacional vasca.

apuestas nacionalistas vascas, siempre estuvo y ha estado ligado a la problemática de las minorías nacionales. En aquella segunda mitad de los años diez del pasado siglo, Europa comenzó a concebirse como caja de resonancia de la *reivindicación nacional* y como escenario adecuado para la internacionalización de la denominada *cuestión nacional vasca*.

Durante los años veinte y treinta, el interés por la temática internacional y, primordialmente, europea, fue *in crescendo* y, paulatinamente, aunque no sería exacto hablar de discurso europeísta, Europa fue adquiriendo un mayor papel en los presupuestos nacionalistas y ello se debió a tres razones. En primer lugar, algunos líderes del PNV conocieron y asumieron

en esa época las ideas paneuropeístas de Richard Coudenhove–Kalergi, aristócrata austríaco, fundador del movimiento Unión Paneuropea, que apostaba por un concepto político, no geográfico, de Europa, denominado *Paneuropa*².

En segundo lugar, leyeron y comenzaron a valorar muy positivamente los planteamientos del personalismo y, posteriormente, del federalismo integral. El personalismo es una corriente de pensamiento que se centra, como su propio nombre indica, en la primacía de la persona y propone la creación de una organización federalista que conceda protagonismo a municipios, regiones,

pueblos... entidades todas ellas en las que la persona se sienta identificada. El federalismo integral, nacido en los años treinta y heredero del personalismo, aboga por una reestructuración superadora del Estado que derive en una organización supra-estatal que reconozca las comunidades existentes en su seno. Es decir, el elemento básico del federalismo integral es *la unidad en la diversidad*. Pues bien, a pesar de que no hallamos referencias explícitas del federalismo integral en los textos del lehendakari José Antonio Aguirre, el léxico que utiliza responde claramente al lenguaje de los textos personalistas (de autores como Alexandre Marc, Emmanuele Mounier, Denis de Rougemont). Se observan multitud de referencias al ser humano, al hombre, a la familia.

En tercer lugar, una joven generación de nacionalistas liderada por el mismo Aguirre, llamada a ser la renovadora ideológica y líder del partido en las siguientes décadas, estableció contacto con destacados representantes de la democracia

por los acontecimientos europeos, en la asistencia de políticos nacionalistas al Tercer Congreso de la Unión de Nacionalidades Europeas celebrado en Lausanne (Suiza) en 1916 y a varios Congresos de Nacionalidades Europeas. Un hecho significativo, y posteriormente muchas veces reivindicado por el PNV como ejemplo de su *longevo y enraizado* europeísmo, fue la celebración del Aberri Eguna –día de la Patria Vasca– de 1933 (segundo Aberri Eguna de la historia) bajo el lema “Euzkadi-Europa”. Tuvo lugar en San Sebastián y congregó a más de 5.000 simpatizantes. Asimismo, no podemos olvidarnos de la constitución de la Liga Internacional de Amigos de los Vascos (LIAV) en París en 1938³. Los años de la Segunda Guerra Mundial fueron años de enorme actividad para el PNV, que participó en la Unión Cultural de los Países de Europa Occidental, en la *Federal Union* y en la *International Christian Democratic Union*, organizaciones todas ellas profundamente europeístas.

Un hecho significativo, y posteriormente muchas veces reivindicado por el PNV como ejemplo de su *longevo y enraizado* europeísmo, fue la celebración del Aberri Eguna –día de la Patria Vasca– de 1933 (segundo Aberri Eguna de la historia) bajo el lema “Euzkadi-Europa”. Tuvo lugar en San Sebastián y congregó a más de 5.000 simpatizantes.

cristiana europea y americana, contactos que se consolidaron y reforzaron durante la Segunda Guerra Mundial. Baste con señalar ahora que la citada joven generación será también la más ferviente defensora del proyecto europeísta en el seno del PNV.

Así, a medida que la contienda se decantaba a favor de los aliados y en el contexto europeo se multiplicaban las iniciativas y propuestas pro-unidad europea, muchas de las cuales abogaban por la construcción de una Europa cimentada sobre una base distinta a la de los Estados, las esperanzas puestas por los nacionalistas vascos en esa futura Europa iban en aumento. En la práctica, ello tuvo su reflejo en una creciente atención de la prensa nacionalista

1945–1950: LA EDAD DE ORO

La fase de mayor esperanza corresponde al segundo lustro de los años cuarenta. Finalizada la Segunda Guerra Mundial, surgieron por doquier movimientos y organizaciones que apostaban por una Europa unida que pudiera recuperar el protagonismo de antaño, claramente superado ahora por los dos gigantes que habían irrumpido en el escenario internacional: los EEUU de América y la URSS. Las iniciativas europeístas, inicialmente de carácter privado, fueron recabando primero la complicidad de algunos gobernantes y posteriormente también el apoyo de los gobiernos y, a diferencia de épocas pasadas, contaron con un amplio refrendo popular.

Para los nacionalistas vascos todo hacía presagiar un horizonte enormemente ventajoso. Pensaron que, tras la dolorosa y cruel experiencia de dos guerras prácticamente consecutivas, y con el fin de evitar más, los países europeos tendrían en cuenta las distintas nacionalidades existentes en su seno a la hora de acometer la reestructuración del continente. El segundo factor provocador de optimismo en las filas del PNV también era externo: las óptimas relaciones con los EEUU. Los estrechos contactos entablados por el lehendakari Aguirre en su exilio americano con destacados políticos e intelectuales europeos y norteamericanos, condujeron a un total alineamiento con la política estadounidense, a pesar de que los entendimientos entre los gobiernos franquista y norteamericano existieron incluso en los momentos de mayor aislamiento del régimen.

Aún así, eran momentos esperanzadores para el PNV. El optimismo se extendió entre sus filas. Aunque, en principio y visto desde hoy, este optimismo pueda parecer iluso o exagerado, lo cierto es que en esa época la presencia de los vascos era requerida en muchos foros y algunas de sus personalidades, principalmente el lehendakari Aguirre, quizá por su don de gentes y madera de líder y también porque su fama había trascendido fronteras tras su novelística huida de Europa a los EEUU, fueron presencia habitual en numerosos actos y eventos internacionales.

De hecho, los años 1945-1948 fueron años de intensa actividad para los delegados del PNV. En esta época alcanzó sus mayores cotas de reconocimiento a nivel europeo y ello se plasmó en una serie de logros que alimentaron, aun más, el optimismo reinante. Uno de esos decisivos

Hasta 1948, el PNV fue el único grupo de la democracia estatal presente en organismos europeos.

Los años 1945-1948 fueron años de intensa actividad para los delegados del PNV. En esta época alcanzó sus mayores cotas de reconocimiento a nivel europeo y ello se plasmó en una serie de logros que alimentaron, aun más, el optimismo reinante. Uno de esos decisivos tantos, lo consiguió al integrarse en los *Nouvelles Equipes Internationales* (NEI), la más importante organización democristiana de ámbito europeo.

tantos, lo consiguió al integrarse en los *Nouvelles Equipes Internationales* (NEI), la más importante organización democristiana de ámbito europeo. Otro fue la participación de algunos de sus líderes en la Unión Europea de Federalistas. Un sinfín de reuniones y congresos llenaron sus agendas en aquellos años. No deja de ser un hecho destacable —exitoso, nos atreveríamos a decir— que el PNV conste como miembro fundador de la internacional democristiana o que algunas de las reuniones de dicha organización se llevaran a cabo en la sede parisina del Gobierno vasco, sita en el número 11 de la céntrica Avenue Marceau.

La máxima de esta etapa se podría resumir en el siguiente enunciado: subirse a todos los trenes. Dadas las difíciles circunstancias en las que el partido se veía obligado a actuar, la necesidad de aprovechar cualquier posibilidad que el contexto pudiera otorgarle se convirtió en la varita mágica que le permitió sobrevivir con cierta dignidad —e incluso con nombre— en el panorama europeo. De hecho, no es dato a desdeñar que hasta 1948, el PNV fuese el único grupo de la democracia estatal presente en organismos europeos.

Con el inicio de la Guerra Fría en 1947, el gobierno de Francisco Franco comenzó a percibirse, a ambos lados del Atlántico, como un valioso elemento geoestratégico en la lucha contra el comunismo y los países de la Europa occidental pasaron de las condenas al régimen al establecimiento de relaciones bilaterales con la España franquista. Al tiempo, los estados europeos iban recuperándose, fortaleciéndose e iniciando el camino hacia la reconstrucción del continente. Precisamente, ése fue el objetivo prioritario del Congreso de La Haya celebrado en 1948, aunar fuerzas en la empresa común de crear una Euro-

“Hoy sólo se hace –afirmaba Landaburu– la Europa de los Estados, la que era más fácil de hacer, porque hay prisa en hacerla, porque uno de los acicates de la organización europea es el miedo. Cuando el miedo pase y la doctrina madure, se pensará en hacer la Europa de los pueblos, y en esa Europa nadie podrá negar puesto al nuestro, a este pueblo federalista y pacifista, ya que Europa no habrá de hacerse con más finalidad que la de la paz”.

pa unida y consolidada. Y esa conferencia, en la que estuvieron presentes el lehendakari Aguirre, Francisco Javier Landaburu y Juan Carlos Basterra –los dos primeros del PNV y el tercero de ANV (Acción Nacionalista Vasca)– fue, sin embargo, la que truncó las ilusiones de las corrientes federalistas impulsoras del proceso y, por ende, también las aspiraciones del PNV, por cuanto la Europa que de ella surgió trascendía las aspiraciones nacionales para sustentarse sobre dichos estados reforzados.

A pesar de la decepción que ello provocó en las filas nacionalistas, el PNV siguió apostando por Europa, en primer lugar porque, como decía el citado Landaburu –uno de los principales, sino el principal exponente del europeísmo de su partido– “a fuerza de decepciones y contrariedades”, seguían teniendo fe en la Europa federal que propugnaban porque “si el corazón está ausente, la Europa no será más que una abstracción, aceptada por sociólogos y políticos, pero indiferente a las masas”⁴. En segundo lugar, Europa era, más que nunca si cabe, la única opción de derrocar el régimen franquista que les restaba tras el “abandono” norteamericano y, posteriormente, con el descalabro del plan monárquico–socialista ideado por el líder socialista Indalecio Prieto.

En su libro *La Causa del Pueblo Vasco*, del que posteriormente hablaremos, Landaburu justifica la elección y explica que la aceptación de la Europa de los Estados era un mal menor que

había que asumir a la espera de una Europa mejor. “Hoy sólo se hace –afirmaba Landaburu– la Europa de los Estados, la que era más fácil de hacer, porque hay prisa en hacerla, porque uno de los acicates de la organización europea es el miedo. Cuando el miedo pase y la doctrina madure, se pensará en hacer la Europa de los pueblos, y en esa Europa nadie podrá negar puesto al nuestro, a este pueblo federalista y pacifista, ya que Europa no habrá de hacerse con más finalidad que la de la paz”⁵.

Años más tarde, otro de los dirigentes más importantes en la historia del PNV, el navarro Manuel Irujo, expuso dicha decisión de forma muy clara: “Los vascos llevaban [en la Haya] en la mente y en el corazón la Europa de los pueblos. La que nacía no era la Europa de los pueblos, sino la Europa de los Estados. Para Aguirre y los suyos el dilema planteado no era el de una Europa u otra, sino el de Europa de los Estados o ninguna. Y aceptaron la Europa de los Estados”⁶.

Esta disyuntiva, la de bajarse del tren europeo o seguir en él, aun reconociendo que no era el ferrocarril rápido que esperaban y por el cual abogaban, se mantiene hoy día, como veremos después, entre las diferentes tendencias del nacionalismo vasco. Es la misma alternativa que años atrás explicara tan nítidamente el dirigente navarro.

1950–1960: AÑOS DE DESILUSIÓN

Pero volvamos a 1950. Este año da inicio a una década trascendental en el proceso de construcción europea y realmente crítica para el PNV. En esos diez años los países europeos, a pesar de los desequilibrios en sus políticas internas, fueron reforzándose paulatinamente, tanto desde el punto de vista político como económico, y en esa atmósfera de crecimiento el proceso de integración europea avanzó decididamente con la creación de la CECA, del Mercado Común y del EURATOM. A medida que los nexos entre los distintos países iban robusteciéndose, se consolidaban el atlantismo y el anticomunismo de las democracias occidentales y, consiguientemente, también las relaciones con el régimen franquista, que se erigía como escudo y bastión anticomu-

nista. Recíprocamente, el gobierno de Franco aceleró su *condición europeísta* y buscó nuevas vías de conexión con instituciones y organismos europeos y, a pesar de que su carácter dictatorial vetaba su acceso a organismos oficiales, durante esos años la España franquista logró incorporarse a las redes de cooperación internacional.

Lógicamente, la progresiva rehabilitación del régimen y las ya no disimuladas relaciones entre éste y el gobierno estadounidense constituyeron dos de los “males” de esta aciaga etapa en la historia del PNV⁷. El tercero fue el concerniente a la propia y poliédrica crisis interna del partido. La década no pudo empezar peor. En junio de 1951, el Gobierno galo ordenó el desalojo del inmueble del número 11 de la Avenue Marceau, que para entonces había adquirido ya un enorme carácter simbólico no sólo para los nacionalistas, también para los demócratas

Desde 1977 hasta la actualidad los planteamientos europeístas del PNV apenas han variado. En el plano teórico, el partido ha seguido criticando la Europa real, la Europa de los Estados, pero en la práctica, ha revalidado la elección de 1948, a saber, aferrarse conscientemente a dicha Europa.

españoles que se reunían en aquel palacete, convertido en foco de democracia y de fervor europeísta. Una estructura interna desecha, estrecheces económicas y las bajas y abandonos de varios dirigentes sumieron al PNV en una situación agónica, con nula capacidad de reacción ante el nacimiento de *Euskadi ta Askatasuna* (Euskadi y Libertad, ETA) en 1959.

Pero en la difícil situación de esa década, o precisamente porque en esa tesitura no había otro remedio, Europa siguió viéndose como una alternativa, como plataforma de lucha antifranquista con ciertas probabilidades de éxito, como la última posibilidad de derrotar a Franco. Los esfuerzos de los nacionalistas se centraron, por

un lado, en evitar que el gobierno franquista se integrara en los organismos europeos y accediera a la primera línea de la política europeísta y, por otro, en mantener la red de relaciones que había logrado tejer en la edad de oro de su política europeísta.

1960-1977: AÑOS DE RESIGNACIÓN

La inesperada muerte del lehendakari Aguirre en marzo de 1960 marca el final de esa crítica etapa y el inicio de una nueva fase en la historia del PNV. Durante esta larga fase que se extiende hasta 1977 el Mercado Común logró éxitos que atrajeron hacia su órbita más países, de suerte que en 1972 Europa pasaba a ser la Europa de los Nueve. Entretanto, el Gobierno franquista, auspiciado por el crecimiento económico de los sesenta, emprendió una política de aproximación a Europa que tuvo como fruto la firma de tratados comerciales. Cualquier intención de conseguir algo más

estaba completamente cercenada por el propio perfil autoritario del régimen. De hecho, las negociaciones para ingresar en la Comunidad Europea no pudieron iniciarse hasta 1977, una vez fallecido Franco.

Con el fin de neutralizar las posibilidades que el régimen pudiese hallar

en Europa, el PNV apostó por hacer fuerza común con otros grupos democráticos españoles, postura ésta que en períodos anteriores –profundizaremos en este tema más adelante– había sido abiertamente criticada por el sector menos posibilista del partido. Este posicionamiento era entendido como una jugada de largo alcance que proporcionaría a los nacionalistas una posición de salida más que apropiada en un posible escenario de transición a la muerte del dictador. Mientras, siguiendo la tendencia en boga en Europa en los años sesenta, el PNV se reafirmaba en el discurso de la Europa de los Pueblos. Al socaire de las políticas oficiales pro–regionalistas, en los años sesenta revivieron las corrientes federalistas integrales que popularizaron expresiones como la

Europa de las Regiones y la Europa de las Etnias. Ahora bien, ninguna de estas denominaciones terminaban por encajar en el ideario del partido nacionalista que se aferró al término Europa de los Pueblos, pues se ajustaba más a su concepción de Euskadi como nación, que no región.

A finales de la década de los cincuenta y primeros de los sesenta irrumpieron en el seno del nacionalismo vasco nuevos movimientos como ETA y *Enbata* –grupo nacionalista del País Vasco francés– que también se decían europeístas. Con la doble finalidad de contrarrestar la potencial atracción que dichos movimientos pudieran ejercer sobre sectores europeístas y dejar patente su papel protagonista en la esfera europea, el PNV organizó en San Sebastián el *Aberri Eguna* de 1968 bajo el viejo lema “Euskadi-Europa” utilizado en la celebración de 1933.

1977-2010: CONCEPCIÓN EVOLUTIVA DEL PROCESO DE INTEGRACIÓN EUROPEA

Desde 1977 hasta la actualidad los planteamientos europeístas del PNV apenas han variado. En el plano teórico, el partido ha seguido criticando la Europa real, la Europa de los Estados, pero en la práctica, ha revalidado la elección de 1948, a saber, aferrarse conscientemente a dicha Europa. Esta opción se enmarca en lo que se ha denominado concepción evolutiva del proceso de construcción europeo, concepción, ya expresada por Landaburu, que plantea dicho proceso como algo inacabado, susceptible de mejora. Se parte de la base de que el Estado-nación es un concepto cambiante, que se halla en plena evolución, inmerso en un proceso de descentralización, que puede desembocar en una Europa diversa y federal, en la que la “Nación vasca” pudiera ser sujeto y protagonista político.

Desde esa perspectiva, el PNV no considera incompatible la defensa de la soberanía vasca y de la autodeterminación con un apoyo a la actual construcción europea. A nivel discursivo, ese apoyo es reiteradamente crítico pero en la práctica, los nacio-

nalistas vascos, aplicando su tradicional pragmatismo, se pliegan a la realidad e intentan aprovechar las posibilidades a su alcance para participar en Europa. Como posteriormente comprobaremos, es en este punto, en la práctica, donde difieren con otros grupos nacionalistas nacidos tras la muerte de Franco.

Este concepto dinámico, progresivo e inconcluso del proceso de integración europea ha posibilitado que el PNV respaldara a Europa en cada una de las citas que así lo han requerido. Por ejemplo, en 1986, año de la adhesión del Estado español a la Comunidad, este partido “no albergó la más mínima duda en torno a la pertinencia del ingreso”. Posteriormente, ante tratados como los de Maastricht, Ámsterdam, Niza o el propio Tratado de Constitución Europea en 2004, el PNV ha ratificado su vocación europeísta. Ahora bien, el sí del partido ha sido reiteradamente crítico. Esa crítica es resultado

Ante tratados como los de Maastricht, Ámsterdam, Niza o el propio Tratado de Constitución Europea en 2004, el PNV ha ratificado su vocación europeísta. Ahora bien, el sí del partido ha sido reiteradamente crítico. Esa crítica es resultado de la concepción evolutiva y, asimismo, reflejo de los debates internos que la cuestión europea ha suscitado en el seno del PNV.

de la concepción evolutiva y, asimismo, reflejo de los debates internos que la cuestión europea ha suscitado en el seno del PNV. Dicho sí no siempre ha sido amparado unánimemente por las voces del partido pero finalmente, en todos los casos, se ha impuesto la opción pro-europeísta, apelando precisamente a la trayectoria histórica del partido y a la denominada Doctrina Aguirre, a la que aludiremos inmediatamente. Como botón de muestra, la controversia interna suscitada en la Asamblea del PNV de noviembre de 2004 en torno al Tratado Constitucional. Finalmente, por escaso margen, el partido se decantó por un sí crítico porque consideró que un rechazo al texto no se avendría a las posiciones adoptadas por el PNV a lo largo de su historia⁸.



¿UN ÚNICO Y UNÍVOCO DISCURSO EUROPEÍSTA?

Una vez dibujada la evolución de la política europeísta del PNV, podemos abordar ahora la pregunta sobre la existencia de uno o varios discursos europeístas.

Pero para ello hemos de detenernos previamente en analizar en qué consistía dicho discurso y cuáles han sido y son los rasgos o líneas básicas que lo determinan. Igualmente, conviene evaluar la pervivencia o no de dichos rasgos y sondear la consonancia entre discurso y praxis.

ELEMENTOS DEL DISCURSO EUROPEÍSTA

Aunque los planteamientos europeístas del PNV no fueron sistematizados y explicitados hasta que Landaburu los desarrolló en *La causa del pueblo vasco* (1956), no dudamos en asegurar que fue en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando este partido fijó los elementos cardinales de su discurso europeísta⁹. La base de dicho discurso la constituyó la denominada Doctrina Aguirre, que reivindica la participación de Euskadi en Europa en igualdad de condiciones que el resto de las naciones integrantes. Como hemos visto, y como sucede habitualmente en el ideario de los movimientos nacionalistas que aspiran a un mayor papel en Europa, el plan de Aguirre se sustentaba en una supuesta crisis del Estado-nación y, consiguientemente, proyectaba materializarse en una Europa de corte federal cimentada no sobre Estados sino sobre pueblos o entidades infraestatales.

La denominada Doctrina Aguirre reivindica la participación de Euskadi en Europa en igualdad de condiciones que el resto de las naciones integrantes.

El plan de Aguirre se sustentaba en una supuesta crisis del Estado-nación y, consiguientemente, proyectaba materializarse en una Europa de corte federal cimentada no sobre Estados sino sobre pueblos o entidades infraestatales.

Este proyecto europeísta concordaba plenamente con el marco doctrinal del PNV, en tanto que dicha Europa federal otorgaría una salida natural a la llamada cuestión vasca. La merma de la soberanía de los Estados se traduciría en nuevas oportunidades para las nacionalidades sin Estado como Euskadi. La Europa defendida representaba el marco idóneo para construir y consolidar la identidad vasca y para propagar las reivindicaciones del pueblo vasco, zafándose así de las estereotipadas acusaciones que tildaban al nacionalismo vasco de aislacionismo consciente¹⁰. Constituía, al tiempo, un escenario adecuado para tratar de acrecentar la hostilidad política de los estados americanos y europeos hacia el régimen franquista.

En suma, Europa simbolizaba una puerta abierta a nuevas expectativas y posibilidades políticas, puerta a la que el PNV logró acceder a través de dos caminos distintos pero no divergentes: la democracia cristiana y el federalismo, corrientes ideológicas en las que se sustentó su política europeísta y que, a su vez, en la práctica, le proporcionaron vías de acceso reales a determinados organismos pro-europeístas a nivel continental.

La asunción por parte del PNV de los planteamientos tanto de la democracia cristiana como del federalismo fue absolutamente natural, en ningún modo artificial. Los vínculos establecidos en años anteriores por el lehendakari Aguirre y otros destacados miembros del partido con líderes de la democracia cristiana internacional corroboraban esta comunión de ideas. Por lo que al federalismo respecta, ya señalamos que la nueva hornada de dirigentes encabezada por el lehendakari bebió de los presupuestos de las corrientes denominadas federalismo integral y personalismo sobre todo durante los años treinta.

CAM 2
SCH STR
13:22:52

CAM 4
REV STR
12:34:21

CAM 1
13:22:52

El alineamiento con ambos marcos ideológicos proporcionó al PNV sendos cauces de aproximación práctica a Europa, que le posibilitaron el acceso al Movimiento Europeo y, en consecuencia, al proceso de integración europea. Si no hubieran contado con las oportunidades derivadas de los contactos establecidos en ambos ámbitos en los años previos, los nacionalistas vascos difícilmente habrían podido tomar parte en organismos como los que a continuación se nombran y, por consiguiente, habrían tenido completamente vetada su participación en el proceso de integración, dada la imposibilidad de acceso a las instituciones oficiales.

En el espacio democristiano, el PNV mantuvo relaciones con otros partidos de esta corriente —principalmente con el MRP francés (*Mouvement Republicain Populaire*) y la DC italiana (*Democrazia Cristiana*)— y con sus correspondientes organizaciones juveniles y participó, en calidad de miembro fundacional, en la constitución de los NEI en 1947. En la esfera del federalismo, los nacionalistas vascos materializaron su confianza en esta tendencia a través de la creación de organismos tanto a nivel vasco (MFV, CVFE) como a nivel estatal (CFEME), en aras a participar en la Unión Europea de Federalistas, en el Congreso de Comunidades y Regiones Europeas y en la Unión Federalistas de Comunidades Étnicas. Estos datos indudablemente positivos quedan un tanto atenuados si tenemos en cuenta que ninguno de dichos organismos era de carácter oficial y que la representación del PNV no llegó a ser autónoma más que en el caso de los NEI y no durante todo el exilio.

DISTINTOS RITMOS TEORÍA-PRÁCTICA

Por tanto, democracia cristiana y federalismo constituyen los elementos fijos y permanentes de la política europeísta del PNV, aunque

La asunción por parte del PNV de los planteamientos tanto de la democracia cristiana como del federalismo fue absolutamente natural, en ningún modo artificial. Los vínculos establecidos en años anteriores por el lehendakari Aguirre y otros destacados miembros del partido con líderes de la democracia cristiana internacional corroboraban esta comunión de ideas.

ello no significa que dicha política se mantuviera inalterable durante el largo exilio. Entramos así a dar respuesta al siguiente doble interrogante. ¿Ha variado la política europeísta del PNV? ¿Discurso y praxis se corresponden? Estas dos cuestiones van inevitablemente unidas porque a la hora de analizar la transformación o el mantenimiento del proyecto europeísta, es necesario distinguir entre discurso y praxis. Mientras el primero, con la salvedad de ligeros matices, se mantuvo prácticamente sin cambios, su aplicación práctica fue evolucionando, en la medida que fue respondiendo y adaptándose, no a los deseos de los nacionalistas y a los planteamientos de su corpus ideológico, sino a las posibilidades reales de acción en los marcos estatal y europeo.

Dos factores explican los cambios observados en la praxis europeísta. El primero fue, sin duda alguna, el alejamiento de los postulados del federalismo integral y el reforzamiento de los Estados europeos que supuso el Congreso de La Haya. El segundo, la frustración que se apoderó de los nacionalistas vascos cuando los gestos condescendientes del gobierno norteamericano para con el general Franco y su régimen fueron innegables,

y cuando, como consecuencia de lo anterior, las democracias europeas occidentales no sólo no criticaron dichas avenencias, sino que escoraron claramente hacia posiciones notablemente más conservadoras.

La suma de ambos factores, a la que habría que añadir la crisis interna que afectó al partido en la década de los cincuenta, provocó cambios a nivel práctico. El primero y más importante, ya citado, la aceptación del proyecto europeo en base a estados reafirmado en La Haya. A partir de ese momento, será patente el desajuste entre teoría y práctica, la falta de correspondencia entre la reclamada Europa de los Pueblos y la aceptada Europa de los Estados. La segunda transformación es la relativa a la transición de un activismo

enfervorizado en los primeros años de posguerra a una cada vez más espaciada y reducida presencia en los foros europeos. Y la tercera, el beneplácito a la cooperación con fuerzas españolas como canal de participación en Europa, posibilidad que pocos años antes –lo ampliaremos en el siguiente apartado–, había levantado ampollas entre el sector más intransigente del partido. La propia naturaleza de dichos organismos requería una participación conjunta estatal y cuando otras fuerzas españolas empezaron a tocar la puerta de estas entidades, el PNV tuvo que plegarse ante dicha exigencia, por temor a quedarse sin puesto alguno. Teóricamente, no renunció al separatismo ni a la independencia, pero el contexto forzó a una estratégica dejación transitoria de dichas reivindicaciones.

DEBATES INTERNOS EN TORNO A EUROPA

Con todo, y a pesar de estas variaciones, sí podemos hablar de una política europeísta “oficial” del PNV, de unas características comunes y aceptadas por la mayoría de sus miembros. A saber, el escenario post-bélico europeo era entendido como excelente plataforma para lograr, en primer término, el derrocamiento del régimen franquista y, posteriormente, la inserción de Euskadi en una nueva Europa que se conjeturaba federal. Estos supuestos de partida se tradujeron en una firme apuesta por Europa que se plasmó en la inclusión del europeísmo como rasgo doctrinal propio del PNV y en la fuerte proyección de la política europeísta, mediante la participación en foros democristianos y federalistas.

En el párrafo anterior queda resumida la base común compartida por la totalidad de afiliados del PNV. No obstante, las diferencias entre las diversas corrientes que, desde bien

temprano, convivieron en este partido tuvieron también reflejo en su política europeísta. Dichas corrientes podríamos agruparlas en dos. La primera es aquella más ortodoxa, cuya máxima es velar por el cumplimiento de los dictados del fundador y no renunciar, en ningún caso, a la independencia de Euskadi. Esta máxima se traduce en la práctica en sortear cualquier compromiso con España o con fuerzas españolas. Luego está la tendencia más pragmática y posibilista, partidaria de la vía autonomista, y amparadora de la articulación con grupos políticos democráticos españoles como vía tanto para derrocar la dictadura como para insertarse en organismos europeos de alcance internacional.

Este segundo grupo lo integra la anteriormente aludida generación de políticos, que en la II República se acercó y asumió los principios de la democracia cristiana y del federalismo y que representa la cara más moderna, demócrata y europeísta del PNV. Hablamos, en primer y destacado lugar, de Francisco Javier Landaburu –ya citado, la cara visible del PNV en Europa–, y, junto a él, Manuel Irujo –también nombrado anteriormente–, el propio lehendakari Aguirre, José María Lasarte –político de enorme talla, muchas veces olvidado, incluso por su propio partido, a pesar de que el peso que tuvo en él fue mucho mayor del que se le ha reconocido–, Jesús María Leizola –que será nombrado lehendakari a la muerte de Aguirre–, y los entonces miembros de EG (*Euzko Gaztedi*, organización juvenil del PNV), Iñaki Rentería e Iñaki Agirre.

La mayoría de estos dirigentes ostentó cargos en el Gobierno vasco y, por tanto, obediendo la normativa interna del partido, no asumió responsabilidades en su aparato. Al estar directamente relacionados con el ejecu-

El escenario post-bélico europeo era entendido como excelente plataforma para lograr, en primer término, el derrocamiento del régimen franquista y, posteriormente, la inserción de Euskadi en una nueva Europa que se conjeturaba federal. Estos supuestos de partida se tradujeron en una firme apuesta por Europa que se plasmó en la inclusión del europeísmo como rasgo doctrinal propio del PNV y en la fuerte proyección de la política europeísta, mediante la participación en foros democristianos y federalistas.

tivo vasco en el exilio, su domicilio se ubicaba en París y, consiguientemente, ellos fueron los que ejecutaron la puesta en práctica de la política europeísta del PNV. Mientras, el EBB (Euzkadi Buru Batzar, órgano directivo del partido) tenía su sede en territorio vasco-francés, a cientos de kilómetros de distancia de la capital parisina. Por tanto, varios factores convergen en la disyunción entre un grupo y otro. Por un lado, el carácter más abierto, moderado y posibilista del que hemos denominado Grupo de París; por otro, la mera distancia física que “desdibujaba” los mensajes emanados desde el EBB; y por último, el hecho mismo de ser, por su propia ubicación, los “hacedores” de la política europeísta, los ejecutores en la práctica diaria.

Desde ese privilegiado centro de actuaciones en el que se convirtió París, estos hombres encarnaban tanto al Gobierno vasco como al partido en los organismos y foros europeos en los que participaron. Y he aquí, en esa doble representación Gobierno-partido, donde hallamos el primer motivo de desavenencia entre este grupo y la dirección del PNV. La importancia que tanto el ejecutivo como el partido concedieron a las relaciones internacionales, principalmente a nivel europeo, estimuló la búsqueda de contactos y ello provocó, en ocasiones, el roce competencial entre uno y otro. ¿A quién representaban Landaburu y compañía? ¿Al Gobierno o al partido?

Y lo que más preocupaba a los dirigentes del interior ¿cuál es el mensaje que se transmi-

Desde ese privilegiado centro de actuaciones en el que se convirtió París, estos hombres encarnaban tanto al Gobierno vasco como al partido en los organismos y foros europeos en los que participaron. Y he aquí, en esa doble representación Gobierno-partido, donde hallamos el primer motivo de desavenencia entre este grupo y la dirección del PNV.

tía en esos foros? A medida que los parisinos interiorizaban la idea de una Europa unida y eran conscientes de las posibilidades reales de actuación autónoma, su posibilismo crecía y sus planteamientos se moderaban, de forma que se produjo un mayor distanciamiento respecto a las demandas originarias del nacionalismo vasco. Conocían el día a día de la política europeísta, las posibilidades reales de actuación, e intelectualmente, se fueron alejando de los conceptos clásicos de soberanía e independencia y buscaron otras fórmulas de articulación tanto a nivel español como europeo. Ello provocó recelos por parte de la dirección del PNV que, a su vez, era presionada constantemente por el ala más radical del partido, organizado en torno al biógrafo sabiniano Ceferino Jemein. Las divergencias se plantearon ya en 1949, a raíz de la creación del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo (CFEME). Fue el propio lehendakari Aguirre, junto con el escritor español Salvador Madariaga, quien fomentó la constitución de dicho consejo y alentó lógicamente la participación del PNV en el mismo. Enormemente significativo es el mismo hecho de que la inauguración oficial tuviese lugar en la citada sede del Gobierno vasco de la Avenue Marceau.

Para Jemein y los suyos *fue la gota que colmó el vaso*. Temerosos de que la esencia nacionalista quedara diluida en contacto con los españoles, este grupo de ortodoxos criticó repetidamente la actuación de los hombres de París y rechazó de lleno la participación de Euskadi en una posible España Federal. Es decir, el federalismo era aceptado vinculado a la idea europea, no si se aplicaba al caso español. Eran federalistas en tanto que europeístas. Jemein entendía “las federaciones y confederaciones peninsulares como soluciones extravascas que no satisfacen a la Justicia y al Derecho a la Patria”¹¹. El propio Juan Ajuriaguerra, líder indiscutible del PNV, lo dejó bien claro: “Ante Europa somos federalistas; ante España es otra cosa”¹².

La relación con representantes y fuerzas políticas españolas fue un extremo criticado básicamente por el sector aranista, no rechazado por el EBB. Sin embargo, existió otro elemento de fricción que sí incomodó a la dirección del partido: el nivel de acatamiento de sus órdenes por parte

de los representantes parisinos. A nivel europeo, esa querencia por estar en todo, esa necesidad de estrechar todas las manos tendidas y de aprovechar todas las ocasiones que el contexto, la suerte o los contactos pudieran suministrar, provocó que, en no pocas ocasiones, la práctica precediera a la teoría, es decir, que los parisinos tuviesen que decidir y actuar en función de las necesidades y las posibilidades, sin esperar las órdenes provenientes del interior. La inexistencia de una estrategia europeísta elaborada por parte del PNV también coadyuva a explicar la dislocación entre la dirección y los hacedores prácticos de la política europeísta.

La inexistencia de una estrategia europeísta elaborada por parte del PNV también coadyuva a explicar la dislocación entre la dirección y los hacedores prácticos de la política europeísta.

En consecuencia, el distanciamiento ideológico, azuzado por el propio alejamiento físico, provocó un claro *décalage* entre interior y París y un largo debate interno. En este debate que, según los aranistas más extremos, situó al PNV en riesgo de escisión, el EBB jugó el papel de árbitro. Intentó controlar la actividad de los “parisinos” por temor a que el mensaje nacionalista no se transmitiera con la suficiente nitidez y, aplicando la calculada ambigüedad que ha caracterizado a este partido, aspiró a mantener el equilibrio entre su discurso nacionalista y la participación consciente en la Europa de los Estados, como paso previo y necesario a la Europa de los Pueblos. Esa participación en Europa debía efectuarse, a ser posible, de manera autónoma, y únicamente en caso contrario, a través de organismos de ámbito peninsular, siempre que se respetara y quedara claramente definida la idiosincrasia del pueblo vasco.

En consecuencia, el distanciamiento ideológico, azuzado por el propio alejamiento físico, provocó un claro *décalage* entre interior y París y un largo debate interno. En este debate que, según los aranistas más extremos, situó al PNV en riesgo de escisión, el EBB jugó el papel de árbitro.

Para calmar los ánimos del sector aranista, aún encendidos por la postura “españolista” de los de París, se creó, en primer lugar, el Instituto Sabiniano (Sabinadiar Batza), como organismo custodio de la doctrina de Sabino. Asimismo,

mo, se les prometió la constitución de un consejo europeo vasco (Consejo Vasco por la Federación Europea, posteriormente Consejo Vasco del Movimiento Europeo), fundado oficialmente en 1951. El PNV depositó grandes esperanzas en este organismo pero su actuación fue muy reducida, por lo que idearon otra vía: articular un grupo europeísta en el interior, en territorio del Estado español, que cumpliera un triple objetivo. Por un lado, reforzar el CVFE sito en

París; por otro, estimular la inquietud europeísta de los elementos nacionalistas que pudieran existir en el País Vasco; y, por último, frenar los intentos de grupos autodenominados europeístas, cercanos al régimen o cuando menos tolerados por aquél, que intentaban por aquel entonces hacerse un hueco en el escenario europeísta y, por tanto, podían constituir un polo de atracción para aquellos individuos con interés por la temática europea. Tampoco cuajó esta iniciativa. Landaburu fue el encargado de enviar información al interior y de animar a los jóvenes nacionalistas pero, a pesar de que la idea de crear el grupo fue recibida con entusiasmo, el ambiente que se respiraba en el País Vasco a raíz del pacto entre Franco y los EEUU, fue lo suficientemente descorazonador como para que los intentos fracasaran una y otra vez.

La frustración ahondó la falla entre “parisinos” e interior, falla que alcanzó su culmen a finales de 1957 y principios de 1958. Utilizando un símil futbolístico, el vestuario se revuelve cuando los resultados no acompañan. Y a esas alturas de la temporada, el vestuario nacionalista estaba prácticamente desarticulado. Desde mediados de la década de los cincuenta, después de un sinfín de bajas y dimisiones, provocadas algunas de ellas por las desavenencias descritas, la inactividad del EBB adquirió tintes alarmantes y fueron, precisamente los hombres del Grupo de París quienes dieron la

voz de alarma. En 1957 Leizaola, Irujo y Landaburu redactaron un informe dirigido al EBB, en el que, entre otras críticas, se constataba la pérdida de protagonismo de los nacionalistas vascos a escala europea, pérdida achacada al escaso respaldo de la dirección y a su incapacidad de crear un grupo cómplice del de París.

El equilibrio entre sectores, que se había logrado mantener a pesar de las discrepancias, se rompió a raíz de dicho informe. El EBB asumió su parte de culpa pero también puso sobre la mesa las objeciones a la labor de los parisinos que durante esos años había preferido archivar para evitar males mayores. Se abrieron viejas heridas. Acusaban al equipo de Landaburu de haber actuado de espaldas al interior, de haber transformado en feudo propio las asociaciones europeístas vascas y de no haberles suministrado más que informaciones mínimas, “arrancadas a fuerza de mendigar”¹³.

Estas imputaciones hicieron mella, lógicamente, en el ánimo de la terna firmante. Hasta Landaburu, optimista empedernido y hombre conciliador donde los haya, se sintió derrotado. Únicamente quedaba aferrarse a la fe y añadirle unas gotitas de sentido del humor que, por suerte, no perdió: “¿Soluciones a este drama? No sé si queda otra cosa que la de los problemas muy íntimos: la oración, la voluntad de Dios... hace años le llamábamos el afiliado número 1. Espero que no se haya

En 1957 Leizaola, Irujo y Landaburu redactaron un informe dirigido al EBB, en el que, entre otras críticas, se constataba la pérdida de protagonismo de los nacionalistas vascos a escala europea, pérdida achacada al escaso respaldo de la dirección y a su incapacidad de crear un grupo cómplice del de París.

dado de baja del Partido. O que no haya puesto entre el Zadorra, el Urumea y el Nervión un taller mecánico. En ese caso, estamos perdidos”¹⁴.

En 1960 moría repentinamente el lehen-dakari Aguirre, el nexu de unión entre tendencias, el líder capaz de apaciguar y serenar posturas encontradas. En la década de los sesenta y, sobre todo, a partir de 1970, la quiebra entre unos y otros, entre exilio e interior, se hizo aún más intensa debido a la asunción de la dirección del PNV por una generación de jóvenes políticos que provocó el relego a un segundo plano de las personas que durante años habían asumido la gestión y aplicación de la política europeísta. A la distancia física se añadía la generacional y ambas multiplicaron los enraizados problemas de comunicación.

EL EUROPEÍSMO DE OTROS PARTIDOS NACIONALISTAS

Antes de entrar en el último apartado, en el que intentaremos concluir qué ha significado Europa para el PNV y para el nacionalismo vasco en su conjunto, abordaremos ahora, siquiera de manera somera, las propuestas europeístas de otros movimientos y partidos nacionalistas vascos.

Hasta finales de la década de 1950 el PNV fue partido hegemónico en el mundo nacionalista vasco y el único catalizador del europeísmo. Pero a finales de esa década surgieron en el seno del nacionalismo vasco nuevas organizaciones que también hicieron su apuesta por Europa. Hablamos de ETA y *Enbata*. En sus primeros años de vida, ETA –nacida en 1959, como escisión de EG– se mostró en sus escritos partidaria de una Europa federal, una Europa “de los pueblos, de las patrias, que ofreciera igualdad de oportunidades para todas las naciones que formaban parte de ella”. Vemos que la unión europea era percibida, también en este caso, como la solución al problema de las naciones sin Estado. Este planteamiento no difiere en nada de la Doctrina Aguirre. ETA apoyaba la unión europea “siempre que no atente contra la personalidad nacional vasca”. Esta otra premisa había dado lugar a diferentes interpretaciones e incluso divergencias en el partido originario. Pero, en esencia, se trataba del mismo discurso que, en el plano teórico, había defendido el PNV¹⁵.

En 1960 moría repentinamente el lehendakari Aguirre, el nexo de unión entre tendencias, el líder capaz de apaciguar y serenar posturas encontradas. En la década de los sesenta y, sobre todo, a partir de 1970, la quiebra entre unos y otros, entre exilio e interior, se hizo aún más intensa debido a la asunción de la dirección del PNV por una generación de jóvenes políticos que provocó el relego a un segundo plano de las personas que durante años habían asumido la gestión y aplicación de la política europeísta. A la distancia física se añadía la generacional y ambas multiplicaron los enraizados problemas de comunicación.

era precisamente la unificación de Euskal Herria, entendida como el conjunto de los siete territorios, el resultado más ventajoso que Europa, al trascender las fronteras de España y Francia, podía proporcionar.

Europa entendida así es la Europa de los Pueblos reclamada por el PNV y también por ETA, y compartida, a su vez, por otros partidos vascos surgidos después de la dictadura.

Eusko Alkartasuna (EA), partido originado de una escisión del PNV en 1986, se aferra al discurso europeísta tradicional de aquél. Es decir, se confiesa europeísta, pero considera imprescindible que Europa se transforme en “un continente en el que sean los Pueblos que lo componen y no los Estados los verdaderos protagonistas de la construcción europea”. El propósito último sería la constitución de una Federación europea sustentada no sobre una estructura intergubernamental regida por los gobiernos estatales vigentes, sino cimentada sobre los principios del federalismo integral y que, en consecuencia, instaure un equilibrio competencial entre Estados, Naciones, Regiones y Pueblos. En esa tesitura, cada uno de esos niveles asumiría el rol adjudicado por la Federación. Eusko Alkartasuna aboga por una unión que reconozca todas las naciones, posean o no estatus jurídico de Estado, una Europa que contemple el derecho de autodeterminación de los pueblos y que defienda un modelo de cohesión, bienestar

En el mismo sentido, *Enbata*, movimiento nacionalista fundado en el País Vasco francés en 1963, se mostró partidaria de una Europa basada no en “estados artificiales” sino en comunidades naturales. En este caso, a diferencia del PNV, sí se aceptó la denominación de “Europa de las Regiones”. La influencia del autor suizo defensor del federalismo Denis de Rougemont es clara. De

Hasta finales de la década de 1950 el PNV fue partido hegemónico en el mundo nacionalista vasco y el único catalizador del europeísmo. Pero a finales de esa década surgieron en el seno del nacionalismo vasco nuevas organizaciones que también hicieron su apuesta por Europa. Hablamos de ETA y Enbata.

hecho, el federalismo fue un rasgo clave de este movimiento, que preconizaba la unidad y la autonomía de las siete provincias vascas en el seno de una Europa federal. De esas siete provincias cuatro son las situadas en el Estado español –Araba, Bizkaia, Gipuzkoa y Navarra– y tres en el francés –Lapurdi, Behenafarroa y Zuberoa–. Para *Enbata*,

y justicia social. En esa Europa habría sitio para una “República Vasca”. La constatación de que la Europa real queda lejos de esa Europa ansiada provoca que el apoyo a la integración europea de esta formación sea más crítico que en el caso del PNV. De hecho, este partido requirió un “no constructivo” al Tratado de Constitución Europea¹⁶.

Por su parte, la autodenominada izquierda abertzale no discute la creación de un marco político unificado ni niega lo positivo del proceso de integración europea, aunque dispensa a esta cuestión mucha menos atención que Eusko Alkartasuna y, sobre todo, que el PNV. En un primer estadio confiaron, como otros grupos nacionalistas vascos, en que la unión europea fuese sinónimo de debilitamiento de los Estados y trajera emparejado el “reconocimiento de la identidad política de Euskal Herria” (de nuevo entendida como el conjunto de los siete territorios). En la actualidad, no obstante, ese sector político manifiesta reiteradamente una actitud crítica ante la Unión europea porque considera que simboliza el poder de los Estados sobre las naciones y del capitalismo sobre el socialismo que ellos preconizan, al menos a nivel teórico. En esa perspectiva convergen, por tanto, el enfoque social y el político. La principal crítica argüida en sus reiterados no-s al proceso integrador es la sistemática marginación del derecho de autodeterminación. Es el pueblo vasco el único que puede decidir la relación de Euskal Herria con el Estado español y, por ende, también con Europa. Mientras este extremo no se cumpla, negará su apoyo a la Unión, como sucedió con motivo del Tratado constitutivo¹⁷.

EUROPA: MOTIVO DE ESPERANZA

¿Podemos hablar, por tanto, de un proyecto europeísta del nacionalismo vasco? En nuestra

La constatación de que la Europa real queda lejos de esa Europa ansiada provoca que el apoyo a la integración europea de EA sea más crítico que en el caso del PNV. De hecho, este partido requirió un “no constructivo” al Tratado de Constitución Europea.

El PNV, aplicando una estrategia tradicionalmente pragmática –recordemos que la decisión se tomó allá por 1948– acepta la Europa de los Estados como un estadio previo hacia la Europa preconizada y, en la medida de sus posibilidades, participa en ella de manera consciente.

Eusko Alkartasuna se muestra partidaria del proceso de integración aunque expresa su crítica al modelo imperante, y la llamada izquierda abertzale la rechaza de manera radical.

opinión, únicamente el PNV ha desarrollado un proyecto como tal, con unos objetivos y una estrategia a medio y largo plazo, con un discurso hilado e imbricado en su propia doctrina y una vertiente práctica más posibilista y adecuada a la realidad de cada momento. El resto de los grupos y movimientos nacionalistas hacen gala de europeísmo únicamente en función de lo que Europa pueda aportar a sus intereses y rechazan la Europa real mientras no se transforme en Europa de los Pueblos. Ahora bien, dicho esto, hay una componente común no sólo a las distintas representaciones del nacionalismo vasco, sino también a todas las naciones carentes de reconocimiento jurídico como Estado. Desde los tiempos de la Gran Guerra, Europa ha simbolizado el mejor escenario para la salvaguarda de dichas naciones y la protección de sus lenguas y culturas y una puerta abierta a nuevas expectativas y posibilidades políticas. El nacionalismo vasco en su conjunto, al igual que sucede con otros nacionalismos europeos, se aferra a la posibilidad de que un rebrote federalista a nivel continental ahonde en el, en su opinión, ya de por sí debilitado Estado-nación, abriéndose así una vía para el reconocimiento internacional de dichas nacionalidades sin Estado.

La dimensión simbólica de Europa fue aún mayor durante el largo exilio. Entonces, además de ser el terreno de juego ideal y el altavoz privilegiado para la exteriorización de la denominada cuestión nacional vasca, la nueva Europa se erigió en símbolo de democracia y en el mejor antidoto contra regímenes totalitarios como el franquista. De hecho,

el común sentimiento europeísta se convirtió en nexo esencial entre los demócratas españoles y los nacionalistas vascos. En 1954 *Alderdi*, el boletín oficial del PNV, publicaba: “Esa Europa es la garantía más sólida contra la supervivencia de dictaduras nuevas”. En el marco de la Europa democrática no cabían regímenes autoritarios como el del general Francisco Franco y, por tanto, la lucha por la Europa unida se convertía a su vez en lucha por la libertad y contra su régimen. A los ojos de los nacionalistas vascos Europa representaba “askatasunaren itzaropena” (esperanza de libertad).

Actualmente, Europa sigue simbolizando el progreso, la modernización, la democracia, la defensa de los derechos humanos y las libertades individuales y colectivas, y por dicha razón continúa siendo motivo de esperanza para el nacionalismo vasco. Éste, en su conjunto y sin excepción, se aferra a un discurso utópico y algo retórico y reiterativo sobre Europa, el discurso de la Europa de los Pueblos. Desde que el PNV vislumbrara la

posibilidad de encaje de Euskadi en un marco más amplio, Europa ha estado presente en el ideario nacionalista como oportunidad y horizonte final para la articulación de una Euskadi dueña de su destino. Por tanto, podemos concluir que a nivel discursivo todos los grupos nacionalistas vascos han compartido y continúan compartiendo un denominador común: la defensa de la Europa de los Pueblos.

Sin embargo, es la aplicación práctica de ese discurso la que marca la diferencia. Mientras el PNV, aplicando una estrategia tradicionalmente pragmática –recordemos que la decisión se tomó allá por 1948– acepta la Europa de los Estados como un estadio previo hacia la Europa preconizada y, en la medida de sus posibilidades, participa en ella de manera consciente, Eusko Alkartasuna se muestra partidaria del proceso de integración aunque expresa su crítica al modelo imperante, y la llamada izquierda abertzale la rechaza de manera radical.

BIBLIOGRAFÍA

ARRIETA, Leyre (2007): *Estación Europa. La política europeísta del PNV en el exilio (1945–1977)*, Madrid, Tecnos.

COUDENHOVE–KALERGI, Richard (1961): *Una bandera llamada Europa*, Barcelona, Argos.

COUDENHOVE–KALERGI, Richard (2002): *Panuropea. Dedicado a la juventud de Europa*, Madrid, Tecnos.

PABLO, Santiago de; MEES, Ludger; RODRIGUEZ RANZ, José Antonio (1999–2001): *El Péndulo Patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco*. Tomos I y II, Barcelona, Crítica.

GALEOTE GONZÁLEZ, Géraldine (1999), “La temática europea en el discurso del Partido Nacionalista Vasco (PNV)”, *Revista de Estudios Políticos*, nº 103, págs. 259-278.

LANDABURU, Francisco Javier (1977), *La causa del pueblo vasco*, Bilbao, Editorial Geu.

UGALDE ZUBIRI, Alexander (1996), *La Acción Exterior del Nacionalismo Vasco (1890–1939): Historia, Pensamiento y Relaciones internacionales*, Tesis doctoral, Bilbao, HAEE/IVAP.



1. Luis de Eleizalde Brenosa (1878–1923), conocido con los sobrenombres *Iturraín*, *Axe*, *Azkain*, nació en Bergara el 9 de junio de 1878. Consideraba las naciones partes constitutivas de Europa y creía firmemente que éstas podrían jugar en el futuro un papel decisivo. Eleizalde prestó notable atención a otros pueblos, particularmente a las nacionalidades europeas, en un afán de conocimiento mutuo y de búsqueda de una salida exterior enlazando las reivindicaciones vascas con las de otros pueblos europeos.

Engracio de Aranzadi Etxeberria *Kizkitza* (1873–1937) nació en San Sebastián el día 16 de abril de 1873. Íntimo colaborador de Sabino Arana, Aranzadi está considerado como el principal ideólogo nacionalista del post-aranismo. Abogó por la consolidación de la anglofilia y por el ensalzamiento de los valores cristianos en las relaciones exteriores; defendió las corrientes moderadas de otros nacionalismos y asumió las orientaciones federalistas y europeístas de creciente protagonismo en el continente. Durante la Primera Guerra Mundial, sus artículos en *Euzkadi* –publicación del PNV– reflejaban el sentir nacionalista mayoritario a favor del bando aliado y en defensa de las pequeñas nacionalidades.

Mayor detalle sobre estas primeras consideraciones europeístas del nacionalismo vasco en UGALDE ZUBIRI (1996).

2 Las propuestas de este visionario europeísta quedan recogidas en COUDENHOVE–KALERGI, Richard (1961) (2002).

3 La LIAV se constituyó con el objetivo de ayudar a los refugiados vascos en Francia y como órgano para dar a conocer la problemática vasca. Contó con el apoyo de importantes personalidades de la sociedad gala como el cardenal Jean Verdier, arzobispo de París; monseñor Clement Mathieu, obispo de Aire y Dax; George Rivolle, ex ministro y secretario general de la Confederation Nationale des Anciens Combattants; François Mauriac, miembro de la Academia Francesa, etc. Merced a la labor desarrollada sobre todo por el periodista Pierre Dumas, delegado de propaganda de la Liga, ésta desplegó una intensa actividad y, gracias a las reputadas personalidades que integraban sus filas, se convirtió durante unos años en valioso instrumento de influencia directa en la administración francesa.

4 La primer cita en LANDABURU, Francisco Javier, “Nacimiento de Europa”, OPE, nº 574, 1949: 1–2 y con el título “Ante el resurgir de Europa”, en Euzko Deya (Buenos Aires), nº 366, 1949: 1. La segunda cita en LANDABURU, Francisco Javier, “L’Ame populairre de l’Europe”, Euzko Deya (París), nº 309, 1949: 3.

5 LANDABURU, Francisco Javier (1977).

6 IRUJO, Manuel, “Euzkadi–Europa I”, Alderdi, nº 274, 1972: 7–8.

7 Un inciso para subrayar la fe ciega del lehendakari Aguirre en el gobierno norteamericano. El pacto Washington–Franco firmado en 1953 no hacía más que evidenciar lo irreversible de la situación. Pero incluso en esa tesitura, Aguirre diagnosticaba que ese acuerdo bilateral no iba a tener la virtualidad que muchos le conferían. Él seguía creyendo que la política americana necesariamente se tenía que inclinar por una Europa decididamente democrática.

8 “Posición de EAJ–PNV ante el Tratado por el que se instituye una Constitución para Europa”, pp. 2–3. Texto favorable al sí presentado en la Asamblea del PNV en noviembre de 2004.

9 En esta obra se condensa magistralmente el discurso europeísta del PNV y se usa por primera vez el término Europa de los Pueblos.

10 Significativas estas palabras de Iñaki Unceta, secretario del EBB –Euzkadi Buru Batzar, Consejo Nacional del PNV–: “Nos conocen muy poco los que creen que nosotros queremos estar metidos dentro de nuestro cascarón con nuestros cantos y bailes. Lo que queremos es, conservando y queriendo lo nuestro, conservando nuestra esencia, nuestra plena personalidad, salir al mundo para enseñárselo a los demás y aprender lo que debemos aprender, pero eso sí, nunca olvidando lo que somos. Somos un árbol viejo, pero que va creando nuevas y poderosas ramas, completamente jóvenes y que no puede ni quiere desprenderse de sus raíces, porque moriría”. Carta de Iñaki Unceta a Francisco Javier Landaburu, Bayona, 14/10/1949, AHNV (Archivo Histórico del Nacionalismo Vasco), Fondo EBB, 120–3.

11 Cursillos de las Juntas Locales. Ideas para el desarrollo del primer tema: Nacionalismo Vasco, 1947. AHNV, Fondo EBB, 209–4.

12 Acta de la reunión de la Comisión Política con Juan Ajuriaguerra, 23–24/03/1948, AHNV, Fondo EBB, 120–2.

13 Informe del BBB (Bizkai Buru Batzar, consejo regional del PNV en Bizkaia), enero de 1958, AHNV, Fondo EBB, 58–27.

14 Carta de Francisco Javier Landaburu a Iñaki Unceta, París, 23/10/1958, AHNV, Fondo EBB, 81–7.

15 Las citas en este orden en: Zutik, 6, 1962; Zutik 2, 1963; Documentos Y, Cuadernos Ekin, I, 1959: 84–85.

16 Alkartasuna, 33, 2004: 18.

17 Herria 2000 Eliza, 181, 2002: 7–8; Herria 2000 Eliza, 195, 2005: 13–17.



CAM 4
REV STR
12:31:56